

haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la cual, desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir, por ser tantos; en fin, me rindieron, lleno de heridas, y, como ya habeis, señores, oido decir que El Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel día alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el gran turco Selin hizo general de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de 72, en Navarino, bogando en la capitana *de los tres fanales*. Ví y noté la ocasion que allí se perdió, de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los levantes y genizaros que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y *pasamaques*, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: ¡tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada! pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, El Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y, echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa*, de quien era capitán un hijo de aquel famoso cosario Barbaroja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán Don Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *La Presa*. Era tan cruel el hijo de Barbaroja, y trataba tan mal á sus cautivos, que, así como los que venian al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y, pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que, á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: ¡tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenían! Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de 73, se supo en ella cómo el señor Don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de 74 acometió á la Goleta, y al fuerte que junto

á Túnez habia dejado medio levantado el señor Don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo, de soldados turcos pagados, setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y á puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas, y así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y, tirándoles á caballero, ninguno podía parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion, que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y, los que esto dicen, hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes; porque, si en la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y ¿cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron, en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano, de trescientos que quedaron vivos: señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del Estaño, á cargo de Don Juan Zanoquera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á Don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos



fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano, el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano, que, *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece*; y así se dice, que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traído vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman *poesia*. Dígolo, porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y, antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno *A la Goleta*, y el otro *Al Fuerte*; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre." En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y, cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: "Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho.—Lo que sé es, respondió el cautivo, que, al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaut, con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.—Pues no fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado, y con tres hijos.—¡Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo! porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.—Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.—Dígalos, pues, vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.—Que me place, respondió el caballero; y el de la *Goleta* decia así:

## CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

ALMAS dichosas, que del mortal velo  
 Libres y exentas por el bien que obrastes,  
 Desde la baja tierra os levantastes  
 Á lo mas alto y lo mejor del cielo.  
 Y ardiendo en ira y en honroso zelo,  
 De los cuerpos la fuerza ejercitastes,  
 Que en propia y sangre ajena colorastes  
 El mar vecino, y arenoso suelo.  
 Primero que el valor faltó la vida  
 En los cansados brazos, que muriendo,  
 Con ser vencidos llevan la vitoria:  
 Y esta vuestra mortal triste caida,  
 Entré el muro y el hierro os va adquiriendo  
 Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.—

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo.—Pues el del *Fuerte*, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así: